

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción. En la Península: Un mes, 150 ptas.—Tres meses, 450 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.
—Número suelto, 0,05 cts. La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
—Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. J. Laffitte, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.
—La correspondencia al Administrador

DE HIGIENE PUBLICA

La limpieza de las calles

Durante las primeras horas de la mañana, cuando apenas transitan por las calles los vecinos de la población y sólo se ve alguno que otro grupo de obreros que apresuradamente se dirigen á sus habituales trabajos, hemos presenciado—bien apesar nuestro—el barrido y limpieza de los sitios más céntricos de la ciudad.

La brigada de barrenderos municipales agitando sus inmensas escobas arrastran las inmundicias hasta formar montones en el centro de las calles, y con aquellas, confundidas con todos los detritus é impurezas de la urbe, se levantan inmensas columnas de polvo que ciega, molesta y asfixia.

Una cantidad escasísima de agua, lanzada por pequeña regadera apenas humedece el pavimento, tan apenas, que hay sitios á los cuales á duras penas alcanzan unas cuantas gotas. Nosotros, al contemplar la forma en que se verifica la limpieza hemos pensado también los gravísimos peligros que de ella se desprenden.

Todas esas verdaderas oleadas de polvo, llevan los gérmenes nocivos de múltiples infecciones; millares de millones de microbios flotan en la atmósfera que aspiramos y vienen á depositarse sobre nuestro cuerpo, vehiculo apropiado para la transmisión de muchas enfermedades ó son ingeridos involuntariamente por nuestro organismo, penetrando en el mismo por los orificios naturales y como esto ocasiona á veces graves trastornos, de consecuencias funestas, hemos pensado también con amargura lo difícil que es corregirlo ó evitarlo, dadas las espantosísimas condiciones de nuestra ciudad.

Sería necesario para ello que todos se preocuparan de dar cima á un proyecto que desde inmemorial fecha duerme el sueño apacible de las cosas olvidadas en algún archivo ó en los cajones de la mesa del bufete de algún ex-alcalde, sería preciso que todos se decidieran con resuelta decisión á que la traida de aguas á nuestra ciudad fuera un hecho, y á elevar el nivel de las mismas hasta las calles mas altas de la población.

Si así sucediera, podría desterrarse el primitivo sistema de la regadera, que ya no sirve ni para enganar al mismo que la maneja y sustituirse por el regado con manga, cuya presión inunda las calles de agua arrastrando al fondo de las alcantarillas todos

esos gérmenes nocivos de que antes hablabamos.

Las obras del alcantarillado avanzan; dentro de un plazo más ó menos largo, toda una ciudad subterránea se abrirá debajo de nuestras plantas, pero para que esta responde á su objeto, es necesario que el agua exista en caudal tan abundante, que por el fondo de las alcantarillas corra á verdaderos torrentes, llevándose en su corriente impetuosa todo aquello que pueda perjudicarnos y que hoy seguramente nos perjudica.

¿Se preocupará alguien de verificar rápidamente esta mejora, que hoy unás que nunca se impone?

Los hechos y el tiempo lo dirán muy en breve.

PATRIA Y MADRE

El bravo muchacho—decía el general L.—se había portado como un héroe durante toda la tarde de aquel inolvidable día de muerte. Sin abandonar su fusil, había luchado con insustituido arrojo y cuando ya se acercaba el momento en que, rendido el enemigo, iba á permitir un descanso á aquellos brazos encallecidos en el fragor de la batalla, quiso el sino aciago arrebatarnos su vida tan preciosa, tan llena de juventud y de arrostos militares, con una muerte heroica y para mí de, recuerdo inextinguible.

Habíase debilitado el fuego, ya nos siflaban las balas con igual encono sobre nuestras cabezas y el humo de la pólvora permitía ver algunos rasguños del hermoso cielo azul, oculto á nuestros ojos durante todo el día; empezábamos á darnos cuenta exacta de la horrible carnicería que ante nosotros se presentaba y los pechos de aquellos bravos, coronados por los laureles de la costosa victoria, se ensanchaban con orgullo.

De pronto un inesperado diluvio de metralla barrió nuestro campo; al grito de ¡viva España!, reanudóse el ataque, vigoroso como nunca, haciendo pagar caras las vidas de nuestros valientes. La lucha cuerpo á cuerpo fué encarnizada y al fin flagoraron las fuerzas enemigas ante el rudo empuje de los nuestros, cuya alma española siempre grande, era animada por el vigor de una sangre llena de fé, de juventud y entusiasmo.

Una certera bala enemiga mató á

nuestro coronel y esta desgracia fué un nuevo acicate para nosotros. Como se lanza la leona sobre el cazador que le arrebató sus cachorros, lanzóse aquel glorioso resto del batallón, bramando, con los ojos inyectados en sangre, locos, con esa locura en que se confunde el heroísmo insuperable del soldado español. Describir aquel cuadro resulta tarea punto menos que imposible, pues preciso sería para ello cantar las glorias de otros tantos héroes.

Cuanto más encarnizada era la lucha, distinguí á mi lado á un bravo muchacho que días antes con lágrimas en los ojos me había sido recomendado por su anciana madre, á quien él servía de único amparo.

Agradecido á cualquiera pequeña atención que con él pude haber tenido, me había hecho inocente y fervorosa promesa de no apartarse de mi lado, diciendo que así pelearía con más confianza. El pobre soldado tenía un brazo herido y no obstante seguía haciendo fuego con el mayor entusiasmo, contestando á mis preguntas con «no es nada», que desmentía su ardiente sangre manando á borbotones.

De pronto una nube nos envuelve y en la lucha más encarnizada caigo herido entre aquellos valientes. Mis ojos distinguen débilmente ante mi cuerpo un hombre que, cubriéndome con el suyo lucha á machetazos contra los que tratan de apoderarse de mí, gritándome al mismo tiempo: «No tema usted, mi capitán, cumpliré mi promesa», y al decir esto, prorrumpiendo en un ¡viva España! que heló mi frente, le vi desplomarse á mi lado en el momento en que eran definitivamente rechazados los contrarios.

Triste—siguió diciendo el general—pensaba en aquel soldado que tan heroicamente me había defendido, cuando el recuerdo de su madre acudió á mi imaginación. ¿Qué sería de aquella pobre vieja, privada del cariño de su único amparo.

Cuando restablecido de mi herida acudí al cementerio, para rendir tributo á mi salvador, en el silencio de la noche, solo interrumpido por el susurro del viento, creí escuchar una débil voz que no me era desconocida y se hacia cada vez más distinta. Pronto vi ante mí la enlutada silue-

ta de la madre de aquel soldado, que con la cara horriblemente contraída y los ojos desmesuradamente abiertos, me reclamaba al hijo de su alma; su vida, muerto, querido que debía de cerrar sus ojos.

Mi sombro no tuvo límites; quiso convencerme de que no soñaba y efectivamente, ví que la realidad más lúgubre era fondo de aquella triste escena.

Una risa convulsiva me dió á entender el estado de aquella madre, y poniendo á Dios por testigo de mi dolor y de mi agradecimiento, juré proteger á la pobre loca, que murió pronunciando las únicas palabras que desde entonces brotaron de sus labios: «¡Hijo mío, tú no eras mi hijo, lo eras de la Patria, puesto que por ella me dejaste!»

Así terminó el ilustre veterano, profundamente emocionado, y pudimos reparar en una gruesa lágrima que surcó sus curtidas mejillas.

Eduardo de Santiago y Carrión
Alumno de artillería
Agosto 1909.

Eclipse de sol y luna en 1910

En el año próximo se verificarán dos eclipses de Sol, uno total y otro parcial, y dos de Luna, ambos totales.

Mayo 9.—Eclipse total de Sol. Este eclipse será visible en toda Australia, parte del Océano Índico, y pequeña parte del Pacífico.

Mayo 24.—Eclipse total de Luna.

El principio de este eclipse será visible en una pequeña parte de Europa; en gran parte de Africa, en toda la América Meridional y en casi toda la Septentrional, en todo el Océano Atlántico, en casi todo el Pacífico y en todo el Mar polar Antártico.

Noviembre.—Día 1 y 2.—Eclipse parcial de Sol.

El fin de este eclipse será visible en toda la América Meridional y en casi toda la Septentrional, en parte de la Australia, en todo el Océano Pacífico, en parte del Atlántico y en todo el mar Polar Antártico.

Este eclipse será visible en parte de la América Septentrional, en el estrecho de Behring y parte del Océano Atlántico.

Noviembre.—Días 16 y 17.—Eclipse total de luna.

El principio de este eclipse será visible en toda Europa y en Africa, en casi toda el Asia, en parte de las dos

Américas, en el Océano Atlántico, en el Índico y en todo el mar Polar Arctico.

El fin de este eclipse será visible en toda Europa y Africa, en una pequeña parte del Pacífico, en el estrecho de Behring y en todo el mar Polar Arctico.

Teatro de Verano

Diferencias surgidas entre la empresa de este teatro y el Sr. Socias, decidieron á dicho actor á separarse repentinamente de la compañía sustituyéndole en las obras que por la noche se representaron el Sr. Cerro, que supo salir airoso de su nada fácil empeño.

En «Juan José» puesta en escena á primera hora, nos confirmó el Sr. Cerro el excelente juicio que de él tenemos formado anteriormente; el público premió su inteligente labor con nutridas salvas de aplausos y llamadas á escena, especialmente en la lectura de la carta del tercer acto, que dijo de manera magistral mereciendo una delirante ovación.

La Srta. Herman, aunque representaba un papel que «no es de su cuerda»—como se dice en el argot teatral, venció con talento todas las dificultades de la parte de Rosa, haciendo también aplaudir.

El Sr. Alonso muy bien en el «Paco»; y perfectamente el Sr. Requena en el «Cano».

La Sra. Anaya hizo una seña Isidra admirable, y la Sra. Camps y el señor Torrent acertadísimos en sus papeles.

Después del «Juan José» se estrenó un cuadro dramático en un acto, original del siempre aplaudido autor señor Majillo, que produjo gran entusiasmo en la numerosa concurrencia que llenaba el teatro.

Este drama, que es un episodio de la guerra, si aplausos arrancó en Madrid la noche del estreno no fueron menores los que anoche le prodigó el público del teatro de verano.

La verificación fluida y valiente y su asunto interesante, magistralmente desarrollado, conmueve haciendo que el interés del público no decaiga ni un solo instante y que con verdadero deleite se escuchen todas las escenas.

Podemos asegurar que de todas

las obras que esta compañía ha estrenado en lo que va de temporada «La Cruz de San Fernando», es la que más entusiasmo ha despertado en el público.

La ovación fué inmensa, indescriptible.

El Sr. Cerro, que representaba el protagonista del drama y que—también repentinamente—se había encargado de su papel, estuvo colosal; el hermoso parlamento en que describe la acción en que fué herido, lo dijo de forma tan irreprochable que arrancó un nutrido aplauso y la ovación duró largo rato.

La Sra. Anaya se mostró anoche, una vez más, la actriz de flexible talento que lo mismo hace reír en la seña Isidra, que conmueve hasta el punto de arrancar lágrimas en papeles de gran tensión dramática.

Anoche, en la pobre loca que recobra la razón ante la vista de su hijo herido que vuelve de la campaña tuvo un momento de verdadera inspiración artística; aquel grito que sale de las entrañas cuando la inteligencia ilumina de nuevo las tinieblas de su cerebro, lo dijo de forma tan magistral, puso tales acentos de desgarradora amargura en sus frases, que el público subyugado interrumpió la escena con un aplauso nutridísimo.

Bravísimo, señora Anaya; muy bien la Srta. Herman, así como los Sres. Torrent, Requena y Palacios.

Al final se levantó el telón tres veces y autor y actores fueron aplaudidos con entusiasmo.

El teatro estaba completamente lleno.

Suposiciones erróneas

En Cartagena, como en todas las ciudades, pueblos y aldeas españolas el tema preferente de conversación sigue siendo el relativo á la campaña que nuestros intrépidos soldados sostienen con las indómitas kábilas del Riff.

El alma española está fija en lo que ocurre en aquellas tierras Africanas; y está fija por que allí se encuentran miles de hermanos nuestros, dispuestos á verter heroicamente su sangre en defensa de la patria.

Los españoles, sean las que fueren las ideas que abriguemos, no podemos permanecer indiferentes á los sucesos que se desarrollan en Marruecos pues

¡Ay! (grita) que me quedo sin marido!
¿Para qué justo Dios, habré nacido?
¿Por qué en mí la dolencia no se ceba,
Y en lugar de mi Blas á mí se lleva?
¡Muerte! ven presurosa;
Deja al marido en paz; muera la esposa!
La muerte en el momento
Se cuela de rondón al aposento.
Y dice: ¿á quién me llevo? ¿Quién me llama?
Blasa responde con turbado acento:
Llévate... al infeliz que está en la cama.
Pura exageración sin trascendencia
Son del afecto los extremos locos:
Eso de dar por otro la existencia
Lo dicen muchos, pero lo hacen pocos.

1879.

† Siquardo Calero.



«¿Y le cabe á este chico en la mollera una liquidación, un presupuesto y unos alejandrinos de primera?»

Así es Medina (me ha dado el retrato su musa, Doña Erato.)
el autor de Galbana, Murria ó Perra;
el que con pluma en ristre
ora le da por escarbar la tierra,
ora por recojer romero triste
y matujas del alto de la sierra.

Pedro Postigo.

1899

Fin del tomo primero.

Plumazos

Yo quisiera morirle,
Dios es testigo,
Tranquila la conciencia,
Sin enemigos,
Morirme quiero
A tu lado, morena,
De puro viejo.

Lo que entre los dos pasó,
Trata el mundo de inquirir
Y, en parte, la clave halló,
Al ver, como lloro yo
Y, al verte en cambio reír.

Ríe sin tasa, ríe, que un día
El llanto tu pupila ha de nublar,
Pues la risa no es más que la agonía
De esa vida engañosa del gozar.

Juan Sánchez-Doménech Manzanares.

1899.

LA ESPOSA MODELO

APÓLOGO

Hay varios pareceres
Sobre si aman de veras las mujeres,
Sin decidir cuestión tan importante,
Vaya un ejemplo de mujer amante.
Blas y Blasa, vecinos de una villa,
No sé si de Aragón ó de Castilla,
Se amaban de manera
Que era el encanto de la villa entera.
En protestas de amor la vida pasan:
Los padres ¿qué han de hacer? al fin los casan;
Y marido y mujer ¡prodigio extraño!
Vivieron como novios casi un año.
No era para durar tanta ventura:
Coge Blas una fuerte calentura:
Cuidale su mujer á toda costa;
Pero el mal se lo lleva por la posta,
De modo que el doctor al cabo lanza
La sentencia fatal ¡No hay esperanza!
¡Tremendo anuncio que en el alma hiere
A la consorte fiel ¡Ay, que se muere!